

HISPANIOLA, 65

LOBO ANTUNES
LA EPOPEYA Y LA LÍRICA

© De los textos, Rafael Maldonado

© Confluencias, 2026

www.editorialconfluencias.com

Maquetación: Rodrigo Sepúlveda Cebrián

Revisión editorial: Leonardo Caro Calvo

Impreso en España

ISBN: 979-13-992206-5-0

Depósito legal: AL 519-2027

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización estricta de los titulares del Copyright bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático y la distribución de ejemplares mediante alquiler y préstamos públicos.

RAFAEL
MALDONADO

LOBO ANTUNES

LA EPOPEYA Y LA LÍRICA



CONFLUENCIAS
EDITORIAL

ADVERTENCIA AL LECTOR:

Debo advertirte, estimado lector, que no tienes entre las manos una biografía de António Lobo Antunes, ni siquiera un ensayo sobre su obra. Por supuesto, tampoco es una novela. Este volumen forma parte de un grupo de libros que tengo la intención de ir haciendo a lo largo de mi vida, humildes tributos a autores que me han marcado, influido y maravillado hasta el punto de tener la sensación de que les debo algo.

Este conjunto de libros se llama, en acepción cioraniana, *Ejercicios de admiración*, y comenzó a finales de 2018 con Juan Benet como protagonista. Ahora le toca a Lobo, y lo que aquí encontrarás es una mezcla de su vida y su obra; un libro obtenido, lógicamente, de la lectura atenta de todas sus novelas y crónicas

y todos aquellos documentos en los que la vida del escritor ha sido mostrada. También, de entrevistas, conferencias, cartas y artículos.

Invento muy poco, sólo procuro darle a todo ello una humilde pátina de mi propio estilo, espero que el suficiente para que quien lo leyere se sienta con la curiosidad necesaria para profundizar en el que es, a mi juicio, uno de los mejores escritores del siglo.

No hubiese podido escribir este libro sin la ayuda del espléndido libro de entrevistas de María Luisa Blanco, *Conversaciones con Lobo Antunes* (Siruela, 2001); acaso el único documento donde el autor muestra su vida.

*No se puede escribir la biografía de un escritor
porque es muchas personas a la vez*

Scott Fitzgerald

El ser humano no es un plano, sino un poliedro

Cela

*Escribir es encender cerillas en la oscuridad del
alma y preguntar si hay alguien ahí*

Lobo Antunes

*Para Mariló, que sabe mejor que nadie
cuánto amo Portugal y su literatura*

LOBO ANTUNES

LA EPOPEYA Y LA LÍRICA

En el primero de septiembre de 1942, nueve años después de la fundación del Estado Novo que treinta años más tarde habría de mandarlo a la guerra colonial de Angola, nace en Benfica, no muy lejos de una maternidad de prostitutas de un barrio pobre de Lisboa, un niño rubio de ojos azules que —también algo más tarde— heredará el título de vizconde de Nazaré de su abuelo António.

Benfica, hoy un barrio obrero del oeste de la ciudad, un barrio dormitorio, por entonces no se considera ni siquiera Lisboa, y no conocemos la causa por la que en esos años —y no es difícil aventurar que fue así en los últimos siglos— se alternan la presencia de palacetes con esculturas y parterres con las más menesterosas viviendas

de un país ya de por sí pobre y atrasado. Un país que, paradójicamente, sigue manteniendo en los años en los que Lobo Antunes viene al mundo (y aun bastantes años después) un vasto imperio como pocas veces se ha visto en la historia de la humanidad.

Ha nacido con António —Antoninho— el primogénito de seis varones, hijos de un culto y adusto profesor de Neuropatología en la facultad de Medicina y una descendiente de alemanes llena de cromosomas albos que habrán de convertir al futuro médico del alma en una rareza cuasi zoológica en un país latino. Cuentan que la severidad del padre era anulada, en cierta forma, por el cariño poco expresivo de una madre austera en todos los órdenes de la vida, algo que conformará —como sabe todo psiquiatra (y todo hombre lúcido)— su futura personalidad, tímida y silenciosa como rasgos predominantes del que busca, quizá y sobre todo, un afecto que le falta desde la más tierna infancia.

En la guerra contra los rebeldes de las colonias y en la batalla contra su propio cuerpo, António siempre —eso cuenta— llamó a su

madre pidiéndole protección y amparo. Dice Pascal Quignard que la soledad es la ausencia de la madre, o de los objetos que la sustituyen, y que los hombres conocen estos terrores: recaer en el inmenso abismo sin forma y negro del útero, el miedo de volver a ser feto, el miedo de volver a ser un animal, el miedo de ahogarse, la angustia de arrojarse al vacío. El terror, en definitiva, de volver a lo no humano. Lobo Antunes, ya no Antoninho —o quizás sí, quizá aún lo sea— sentirá todo ello en dos ocasiones fundamentales, y en ambas quiso estar con la mujer diminuta que lo había alumbrado en un palacete del siglo XVII: en la soledad de las noches de Angola esperando las incursiones del ejército de liberación y en las madrugadas del hospital público donde se sometía a durísimas sesiones de quimioterapia.

Pero no vayamos tan deprisa.

O senhor camina con cierta torpeza por un lujoso dúplex sito en un rascacielos de Lisboa, en Campolide. Aún no ha amanecido y sólo una fina raya naranja frente al ventanal, encima de edificios más bajos y en forma de veta de lava bajo nubarrones que más parecen de humo de

volcán que de masa de vapor, hace intuir la luz del día que se avecina. La casa está a oscuras, apenas la luz del dormitorio se inmiscuye en el salón-biblioteca y deja ver algo del espectáculo: a la manera de luminarias, de bombillas aleatorias y titilantes en medio de la ceguera opaca de la masa, se iluminan decenas de lomos de libros, haciendo el deambular torpe de *o senhor*—grueso por el abdomen, un cigarrillo en la mano izquierda, recio jersey de lana azul con cuello a la caja, una órbita ocular más abierta que otra, escaso cabello blanco coronando una piel rosácea— más seguro y liviano. Sube *o senhor* una escalera de caracol. Desde donde lo imaginamos, el dúplex, forrado de libros arriba y abajo, parece el paraíso borgiano de la biblioteca interminable y circular. Una de las luciérnagas con hojas se apaga al contacto con la mano gruesa e hinchada de *o senhor*. Es un libro que se titula *Memoria de elefante*, donde un psiquiatra, hijo de la alta sociedad de Lisboa, da cuenta del derrumbe de su matrimonio y del hastío insoportable del ejercicio de la medicina teniendo, como tiene, el bicho de la escritura dentro.

El niño rubio crecerá entre algodones y será siempre el favorito de su abuelo paterno,

un abuelo que temerá pocos años después que aquel niño sea homosexual, porque no era a su juicio normal lo que le gustaba leer y escribir. Al abuelo lo único que le entusiasmaba leer eran las esquelas de los periódicos, algo que hacía con el niño António encima de sus piernas, riéndose de todos aquellos malogrados a los que la vida se le había acabado demasiado pronto: «¡Fíjate, pobre imbécil, muerto con treinta y ocho años!», «¡Qué tonta, muerta a los cincuenta». Al niño aquello le parece tan natural y gracioso que sus primeros y tempranísimos escritos son obituarios de sus personajes favoritos de entonces, a saber: el ratón Mickey, el pato Donald, Simbad el Marino. Como no conoce a ningún difunto (tampoco conoce en sí el hecho de la muerte), ensaya las necrológicas con los personajes que tiene delante en los tebeos.

No es difícil imaginarse la casa, el palacete que —rodeado de casuchas a guisa de castillo medieval en la época de la gleba— quizá el abuelo António había heredado de algún antepasado con títulos del Amazonas. Era el abuelo António, cuenta su nieto, un hombre varonil, inculto, egoísta, clasista y prepotente,

defectos que no le impedían ser a su juicio una de las personas más maravillosas que ha conocido en la vida.

Antoninho es lógicamente su favorito, imaginamos que por la importancia que le dan al linaje y la primogenitura los aristócratas, siendo el abuelo, como decimos, un noble que provenía de ultramar, de la mayor de las viejas colonias que había poseído el imperio luso. Dice su nieto que era muy religioso —al menos de palabra y folclore— y que le prometió a san Antonio de Padua que si su nieto Antoninho se curaba haría una peregrinación a dicha ciudad del Véneto italiano para que éste hiciese allí la Primera Comunión. Porque sí, el futuro escritor y psiquiatra adolecerá en la más tierna infancia de esa enfermedad que, sin él saberlo hasta un tiempo después, hacía mella y horadaba los pulmones de los escritores románticos decimonónicos que admirará; autores cuyos libros —que estaban en las estanterías del palacete de Benfica custodiados por su padre— lo miraban desde la solemnidad luminosa de la biblioteca.